

## Rafael Segovia, *Lapidaria política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 572 p.

Eduardo Guerrero Gutiérrez

Debemos congratularnos por la recopilación y reciente publicación, bajo el sello del Fondo de Cultura Económica, de gran parte de la obra periodística de Rafael Segovia (Madrid, 1928). Segovia se ha ganado un lugar único como observador de la evolución política del México contemporáneo, por la claridad y el rigor con que ha expuesto varios rasgos prominentes de nuestro sistema político, los dilemas que ha enfrentado su desarrollo, y las consecuencias —deseadas e indeseadas— de las reformas a las que varias de sus instituciones han sido frecuentemente sometidas. La evolución política del México reciente ha seguido una ruta sinuosa, en la que se han dado pasos en falso o enfrentado complejas disyuntivas. Y ha sido precisamente en muchos de esos momentos de desconcierto general cuando hemos recibido —continuamos recibiendo— el apunte valiente e instructivo de Rafael Segovia.

Durante los últimos veinte o treinta años han proliferado en Méxi-

co analistas que han examinado la política mexicana a través de la lente histórica, legal o sociológica —cuando no ha sido su mera curiosidad o sentido común lo que ha guiado sus interpretaciones. Por eso Rafael Segovia —especialista de la política o *politólogo*, explicador de lo político a través de la política— ha sido una *rara avis* en nuestro país, pues ha insistido constantemente en “el carácter autónomo de la política”. Formado inicialmente en filosofía, Segovia incursionó posteriormente en la historia y la ciencia política, disciplina esta última a la que ha dedicado parte muy considerable de sus esfuerzos y en la que publicó un libro notable en 1975 titulado *La politización del niño mexicano*.

Aunque *Lapidaria política* consta sobre todo de breves artículos de ocasión aparecidos en periódicos de circulación nacional (*Excelsior*, *Unomásuno*, *El Financiero*), también incluye ensayos más trabajados en los que Segovia se muestra alternati-

vamente ya sea como el comentarista sofisticado, sobrio y ocurrente de *Plural*, *Vuelta* y *Nexos*; ya sea como el profesor-investigador que labra argumentos rigurosos, apoyados en sólida evidencia empírica y sancionados por la autoridad de los especialistas. Segovia es, entonces, un escritor versátil: intelectual y académico a un tiempo, alcanza sus mejores momentos cuando logra una síntesis de ambas facetas.

*Lapidaria política* tiene cinco secciones. La primera ("Formas y reformas del sistema político mexicano") es un conjunto de artículos largos más bien de intención académica en los que aparecen los temas predilectos de Rafael Segovia: el gobierno y la cultura autoritarios, el nacionalismo, la democracia, los partidos políticos, las elecciones y la participación política. La inclusión de estos ensayos al principio del volumen resulta afortunada porque en ellos aparecen, de manera condensada, las principales ideas de Segovia, aquellas que el resto del libro afina, expande, matiza y nunca contradice. Las siguientes tres secciones del libro que se reseña forman una unidad en la que se agrupan cronológicamente los artículos de Segovia que van de 1974 a 1994. El libro finaliza con un apartado sobre los intelectuales y la educación superior en México.

La tesis que quizá sirva como eje a la explicación segoviana del funcionamiento del Estado mexicano es el propio autoritarismo. Según Segovia, en México han convivido durante los últimos cincuenta o sesenta años un gobierno y una cultura política

*autoritarios* que se implican y refuerzan mutuamente. A diferencia de los sistemas totalitarios, señala Segovia, los autoritarios tienen la posibilidad de autorreformarse y avanzar gradualmente hacia la democracia. La vía más visible y utilizada para avanzar hacia tal fin ha sido la reforma institucional en tres temas fundamentales: elecciones libres y transparentes, partidos políticos eficaces en la agregación y articulación de intereses, y un congreso plural y responsable.

Aunque en México elecciones y sistema de partidos existen desde largo tiempo atrás, sus funciones fueron hasta hace pocos años muy diferentes de las que suelen desempeñar en genuinos sistemas democráticos. De hecho, una de las paradojas más interesantes de la política mexicana es que las elecciones y los partidos políticos —instituciones democráticas por excelencia— contribuyeron durante varias décadas a legitimar un sistema esencialmente antidemocrático. Sin embargo, las reformas político-electorales y las sucesivas crisis económicas de los últimos veinte años crearon "situaciones irreversibles" y se convirtieron en catalizadores del cambio democrático.

En el plano de la cultura política, nuestro autoritarismo se refleja, en opinión de Segovia, en una actitud reverencial ante la autoridad. Una cultura política democrática, por el contrario, requiere ciudadanos críticos del poder, con iniciativa y capacidad para autoorganizarse y vigilar la actuación del gobierno. El "pluralismo político limitado" de México tiene

su origen en la escasa participación política libre y voluntaria. Segovia duda en colocar el adjetivo "civil" a cualquier segmento de la sociedad mexicana, en el entendido de que todos sus estratos están dominados por amplias franjas de ciudadanos indiferentes políticamente. A decir de Segovia, la clase política más tradicional y resistente al cambio encuentra "apoyos firmes y seguros en una parte [de México] que no quiere oír de cambios y menos aún de responsabilidades". ¿Cuál es el estrato más autoritario de la sociedad mexicana? Los obreros, aventura Segovia.

Pero Segovia está lejos de la mera diatriba o descalificación cuando caracteriza como "autoritarios" a la sociedad y el Estado mexicanos. Para el autor de *Lapidaria Política*, los rasgos del modelo autoritario mexicano no surgieron por capricho, sino en ocasiones como prerequisites para la construcción de un Estado nacional: "el crecimiento general de México sólo pudo conseguirse sacrificando parcialmente las libertades formales —y a veces las reales— establecidas por el texto constitucional". Y a quienes lanzan vituperios al Estado sin más, Segovia responde: "los países donde la libertad en verdad existe, son países con Estados fuertes".

Por lo que atañe a la incipiente democracia mexicana, Segovia la califica de "otorgada" por el papel que ha tenido el Estado como *creador* de todos los agentes de intermediación política. Para Segovia la democracia necesita de adjetivos, especialmente la nuestra que "lleva una cauda his-

tórica imponente, y un condicionamiento ineludible".

Por último, Segovia menciona como uno de los principales obstáculos para el avance de la democracia en México la falta de representatividad de nuestras organizaciones políticas. "Los partidos no representan a nadie", se queja Segovia y agrega: "la distancia entre el ciudadano y el partido es gigantesca". Los partidos carecen de capacidad de movilización y su dependencia del Estado o de los sindicatos "es total". A pesar de todo, sin embargo, los partidos son indispensables pues "no hay democracia sin ellos", termina Segovia.

Hasta aquí el resumen de algunas de las posiciones teóricas que Segovia defiende a lo largo del libro. ¿Cómo caracterizar este modelo de reflexión política? Ni conservadora ni revolucionaria, aunque definitivamente más lo primero que lo segundo. A diferencia de los hombres políticos que, como nuestro autor afirma, suponen incompatibles libertad y poder, Segovia los concibe conciliados en un conjunto de delicados equilibrios institucionales. Segovia es un reformista desencantado por igual del revolucionario de izquierda que del de derecha. Ideológicamente Segovia tiende a colocarse en el centro. Y, en esta toma de posición, debe destacarse que las acerbas críticas que lanza Segovia a los partidos de derecha e izquierda contrastan con su tono complaciente en los momentos en que evalúa la trayectoria del PRI. Tal vez a Segovia le ha faltado ser más severo en su crítica del partido oficial, a pesar de que éste haya sido,

como menciona Segovia, un agente decisivo para la aglutinación de las masas y, por ende, para la integración nacional.

Como uno de los más sutiles analistas de la realidad política mexicana, Segovia cumple satisfactoriamente con las condiciones que él mismo fija para poder mirar, con cierta claridad, al interior del mundo turbio de la política: "nada es claro: entender

un hecho político cualquiera requiere un oficio que exige aprendizaje y sagacidad, pide mala intención y don de doble vista. Pide además información no disponible para el vulgo". Escritor nervioso e inquieto, saturado de intuiciones e hipótesis reveladoras, siempre apartado del lugar común, Rafael Segovia es uno de los escasísimos escritores políticos de primer orden en México.